

CON ALLENDE EN MÉXICO



Mario Orozco Rivera
Destacado pintor mexicano, siempre solidario con el exilio chileno.

Calcetines elegantes, de grises diferentes. No recuerdo bien si en forma de cocolitos, emergiendo de sus mocasines negros, nuevos. Probablemente comprados aquí, en el D.F., para descansar plenamente en sus vacaciones después de esa batalla electoral, donde, por otra vez, la burguesía chilena ungía a uno más de sus favoritos, sin escuchar, mucho menos oír a la historia, al futuro que Salvador Allende mostraba al presentar de frente sus manos abiertas en posición de dejar volar a las palomas.

Pantalón gris claro, más clarito que el saco, imposible sin corbata de profesor rotundo.

Más bien chaparrín, hábil encubridor de sus muy bien cultivadas preferencias: la belleza de la vida, de la luz, las mujeres hermosas lo hacían aparecer solemne, casi conífero típico.

Lentes y bigote alcahueteando, protegiendo un rostro de rasgos decididos a cruzar el futuro sin jamás dejar de soñar.

Me lo presentó Siqueiros, cominos juntos con Salvador Ocampo, senador comunista chileno, esposo de Bertha Arenal, hermana ésta de Angélica Arenal de Siqueiros.

Él quería ir a todas partes; a las pirámides, el Zócalo, a los museos.

En mi "Renolito" lo anduve pastoreando, compró una cámara fotográfica, lo veía y miraba todo, amable conmigo, pero sin permitirse el devaneo de soltar un flashazo que lo descubriese en sus más íntimos sentimientos.

Luego se fue. Pasaron los años.

¡Qué destino más paridor el de los héroes latinoamericanos!

D.F. abril 11, 88.